EL ABISMO DEL ESPACIOTIEMPO

Stephen Baxter-Eric Brown



Stephen Baxter (n. 1957) y Eric Brown (n. 1960) son dos jóvenes y conocidos escritores ingleses de CF que viven, respectivamente, en Great Missenden, Buckinghamshire, y en Haworth, West Yorkshire, ambas ciudades ubicadas, claro, en el Reino Unido. De Baxter habíamos publicado ya el cuento "Telaraña" hace unos números, mientras que Eric Brown —un admirador (y seguidor) de la obra de Cordwainer Smith— se presenta para los lectores de estas páginas electrónicas con esta colaboración de pura e impecable CF, y más adelante en este número (y dentro del homenaje a Cordwainer Smith), con su cuento más conocido y exitoso hasta el momento.

* * *

EL TRANSBORDADOR se sacudió.

—Falla de sistemas principales de a bordo.

Wake vio en el monitor un rayo quebrado saltando entre gordas nubes de algodón. Estaban bien metidos en un pozo de gravedad, dentro de una tormenta, y además cayendo con rapidez.

—Cambia a secundario, Transbordador. Confirma.

El transbordador corcoveó a través del turbulento aire.

—Dije "Confirma".

—Situación de pérdida de tripulación.

Sintió brotar el sudor debajo de su traje de vuelo.

—Detalle.

—Noventa por ciento de certeza de falla en los sistemas secundarios de a bordo.

Mierda. De acuerdo, según el libro eso no se sobrevive.

—Cambia a Manual. Dile a Madre que aborto el aterrizaje y vuelvo a casa.

—Impulsores inoperables. No hay presión en el tanque del propulsor. Situación de pérdida de...

—...tripulación. Bien —murmuró ella. ¿*Y ahora qué*?

El transbordador era viejo, pero no esperaba que fallara. Estaba repleto de sistemas redundantes para mantenerlo en funcionamiento, aunque fuera mínimamente, durante años.

Al final, no obstante, todo había fallado. Si no hubiera sido por esa tormenta, si el transbordador no hubiese sido alcanzado por el rayo, hubiera sido alguna otra maldita cosa, en algún otro remoto mundo.

Wake estaba sola consigo misma, ahí fuera, en los bordes de la esfera de expansión humana. En su entrenamiento le habían machacado una y otra vez que, al fin y al cabo, no se puede confiar en el equipo. Estaba en ella mantenerse viva. *¡Si falla A, intenta con B! ¡Si B llega a fallar, intenta con C!*

Si no es posible regresar a la órbita, se debe aterrizar. Se necesitarán materiales para reparaciones, combustible. No puede ver la superficie, no tiene idea de en qué clase de condiciones está cayendo. Tendrá que enfrentarse luego con eso.

Un relámpago saltó frente al transbordador, destellando en la cara de Wake, deslumbrándola. El transbordador se zambulló hacia estribor.

—Dame las coordenadas del continente Alfa Uno.

—Afirmativo.

Las grises nubes desagarradas se partieron, revelando un océano de acero gris martillado. En el horizonte apareció una isla; montañosa, irregular. Ella voló deslizándose a apenas doscientos metros por encima de las crestas de las olas.

Cristo. Hace sólo una hora estaba en el sauna, en Madre.

—Detención inminente de los sistemas secundarios.

—Informa el procedimiento de emergencia.

—Situación de pérdida de tripulación.

—Oh, por el amor de Dios...

Ahora el transbordador estaba cayendo francamente a tierra. *Queda una opción*. Salió de su asiento y se tambaleó hacia la vaina de supervivencia. El piso de transbordador se inclinó bajo ella en un movimiento violento y complejo; ella trastabilló, golpeándose contra las cajas de consolas y el equipo.

Alcanzó el largo ataúd hexagonal y se deslizó dentro. Fríos subdérmicos reptaron sobre su piel.

—Instrucciones —dijo Vaina.

—Utiliza tus algoritmos heurísticos. Evalúa la situación. Garantiza mínimo peligro. Prepara informes de daños, reconocimiento del territorio, condiciones de supervivencia...

—Afirmativo.

La tapa se cerró sobre ella. Cerró sus manos sobre el medallón colgado de su cuello ypensó en Ben.

Sintió una patada en el trasero cuando Vaina se lanzó a sí mismo fuera de Transbordador.

ooo ooo ooo

Orbitó el quinto planeta de esa oscura estrella, a unos cien años luz de la Tierra, durante dos días, antes de decidirse a tener un contacto más cercano. Parecía vagamente terrestre: una gruesa capa de nubes sobre un aire transparente con oxígeno y nitrógeno, grandes masas de agua. La única masa de territorio de cierta importancia era la isla mayor de un archipiélago ubicado en el ecuador. Habían rastros de verde en la isla, pero sus sensores no hallaron ningún signo de presencia de clorofila. No pudo ver ningún signo de organización de ETs: nada de contaminación industrial, nada de estructuras grandes, nada de radio u otras señales.

Estaba segura de que el planeta no sería habitable directamente, y de que no habría ningún Contacto ahí. Pero quizás pudiera ser terraformado.

A Wake le pagaban calculando en base a un complicado sistema que contabiliazba la cantidad de mundos útiles que ella encontraba en cada salida de exploración y lo utilizable que resultara cada uno de estos mundos. *Posiblemente terraformable* estaba bastante bajo en la lista de exploración y no le pagarían mucho por eso.

Quizás justo lo suficiente como para justificar un aterrizaje, decidió al fin.

Un día después del aterrizaje podría embarcar nuevamente y dirigirse a casa. En realidad, estaba a sólo tres días de viaje de la Tierra, utilizando la impulsión Alcubierre MRL de Madre.

ooo ooo ooo

Nadó a través de un mar de anestésicos..

—Informe de situación.

—Supervivencia de tripulación no asegurada.

Tremendo. Luchó para sentarse. La vaina estaba torcida, de manera que su cabeza estaba unos 20 grados debajo de sus pies y la cubierta de cristal estaba oculta por algo; los paños del paracaídas, comprendió un poco después. A través de la mitad descubierta de la cubierta vio un deslumbrante cielo verdeazulado.

¿*Verde*? Por supuesto. A causa de la dispersión de la luz naranja de este sol clasificadoG8...

—¿Dónde está Madre?

—Elementos orbitales están a ciento ventitrés punto cuatro por...

—Muéstrame.

Apareció una fina retícula en el vidrio de la cubierta. Guiándose por ella, escogió un punto plateado fijo en el cielo sudoeste, brillante a pesar de la luz solar: Madre, en su órbita estacionaria sobre estas tierras. Sintió una oleada de alivio.

Vaina le informó que el aire de afuera era lo suficientemente parecido al de la Tierra como para mantenerla viva durante algunas horas, pero había un leve contenido de toxinas. Podría estar no más que un par de horas por cada salida fuera de Vaina. No podría ir lejos, entonces.

Temperatura 30º Celsius. Un brillante día de verano en Alfa Uno.

En este momento Madre estaría lanzando balizas de "Pérdida de Tripulación". Si Wake pudiera alcanzar el Transbordador podría indicarle a Madre que comenzara a lanzar boyas MRL que le hicieran saber al Universo que aún estaba viva. No había ninguna garantía de que alguien respondiera, pero era mejor una leve oportunidad que ninguna.

Y si alcanzaba el Transbordador, por supuesto, podría hacer algo mejor que eso; quizás podría encontrar un modo de regresar a la órbita, a Madre.

Empujó la cubierta, que se abrió con un suspiro de hidraúlica, mientras guardaba el paracaídas. La vaina había descendido en unas colinas al pie de una montaña que era parte de una desgastada cadena. Estaba parada en una superficie cubierta de hierba. Bien, parecía hierba. Más allá del borde de esa meseta, un valle verde bajaba hacia la distancia, extendiéndose hacia una franja de océano al sur. El hilo de mercurio de un río se retorcía a través del fondo de valle. *Un valle en forma de U. Formado por un glaciar, probablemente.* Había plantas, algo como árboles: bajos, de gruesa corteza, con una nube de hojas carmesí. El sol estaba sobre el horizonte, inmenso, demasiado naranja.

El panorama era lo suficientemente diferente como para producirle un estremecimiento en la columna vertebral.

Tocó el medallón colgado de su cuello. Ben sonrió desde el interior del cristal con forma de corazón. Las dos niñas de Ben, nietas de Wake, saludaron con sus brazos. El holograma había sido tomado en el Refugio, en la cámara grande y brillante de paredes de césped del corazón de la colonia de L5, donde las niñas habían crecido. Los colores de la Tierra, el de la clorofila verde de la hierba y el de los árboles, eran sorprendentemente distintos a los de Alfa Uno. Como si este planeta fuera un pobre simulacro, una maqueta barata.

Se arrodilló y recogió algunas briznas de "hierba". Parecía una hoja de trébol séxtuple. Y el tinte verde era como el del óxido de cobre, no el brillante de la clorofila.

—Vaina. Dime algo acerca de la biota.

—Los átomos más numerosos son el silicio, el hidrógeno y el oxígeno. Las enlaces del silicio forman la arquitectura básica de...

Dejó de escuchar. *Oh, muy bien. He descubierto vida basada en el silicio.* Se supone que es imposible. El silicio no puede formar enlaces dobles como el carbono; el silicio no puede formar los compuestos metaestables que alentaron el desarrollo de moléculas complejas y grandes... Evidentemente, aquí la naturaleza había encontrado un modo.

Eso significaba una maldición para ella. La ciencia básica era parte de su contrato, pero ese conocimiento difícilmente ayudaría a solucionar algo. Lo más significativo era el hecho de que ni siquiera los ingeniosos sacos digestivos de Vaina podrían convertir estas materias primas basadas en el silicio en un alimento por ella.

Interrumpió la conferencia de Vaina.

—Infórmame acerca de los suministros.

—Cinco días a ingestión normal.

Cinco días de porquería alimentada intravenosamente por los subdérmicos. *Debo encontrar ese maldito transbordador.*

Vaina le indicó el sitio donde había caído Transbordador. Estaba un kilómetro hacia el sur, bajando por el valle. Caminó sobre tierra cubierta de suave hierba, arrancando hojas en forma de diamante de los árboles. El verde no era tan incorrecto, ni tampoco el del cielo, pero era casi imposible creer que hubiera algo ahí que ella pudiera comer.

El lugar de la caída era una cicatriz sobre la superficie cubierta de vegetación de la ladera. Encontró algo que podría haber sido la consola de comunicación; su carcasa estaba corroída, abierta y quebrada, y una cosa parecida a líquenes se derramó de su interior cuando intentó levantarla.

Volvió hasta donde estaba Vaina.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí abajo?

—Dos años locales. —Lo cual era cerca de un año de la Tierra.

—¿Un año? ¿Por qué tanto?

—Vaina estuvo buscando seguridad de supervivencia para la tripulación. Ésta no se pudo lograr. Abrí al alcanzar el límite de los algoritmos heurísticos, para obtener más instrucciones.

Ella se puso en cuclillas sobre la hierba y abrazó sus rodillas. No había previsto semejante lapso. Ni había pensado en preguntarle a Vaina cuánto tiempo había estado inerte*. Malditamente largo*; tan largo que había perdido a Transbordador en la acelerada entropía de este pozo del espaciotiempo.

Imaginó opciones.

Podría intentar hacer señales. Pero, maldición, no tenía suficiente potencia como para enviar cualquier cosa que pudiera ser recogida a distancias interestelares. Y además, a una señal lumínica le llevaría décadas alcanzar cualquier lugar habitado.

Podría intentar construir un transbordador y volver a la órbita. Sí. Pero sabía que Vaina no tenía los recursos necesarios para convertir el hierro puramente mineral en un vehículo capaz de ir al espacio. Y además, ella no era ingeniera.

Estaba atrapada ahí, en ese pozo de gravedad, sola, fuera de alcance, y todo el mundo que sabía que ella estaba allí creía que estaba muerta.

Se dejó vencer, sólo un segundo.

Luego se levantó.

Al infierno con todo eso. Necesitaba algunas opciones.

...En el pie del valle, dos o tres kilómetros a la distancia, un hilo delgado de humo se levantó en el aire.

ooo ooo ooo

Se apresuró de regreso a Vaina. Se colocó un vocoder y audífonos sobre su cabeza, se fijó el micrófono frente a su boca y luego puso una pistola de láser en su cinto.

El sol había trepado desde el horizonte. *Es la mañana local, entonces*. Otra cosa que no había pensado en preguntarle a Vaina. Tengo que ponerme más observadora, menos obsesionada en mí misma, si quiero salir de esta. Caminó bajando la ladera empinada, hacia el valle.

Había campos en el fondo de valle. Estaban delimitados por paredes bajas de cantos rodados, un depósito glacial arrastrado del suelo. Notó más hilos de humo, una colección de cabañas de color del barro, minúsculas. *ETs*.

Pasó cerca de unos pequeños cuadrúpedos castaños: rumiantes escarbando en ese símil de la hierba. Los pájaros basados en silicio batían el aire alrededor de ella con cantos altos y penetrantes. Todo el lugar era ni más ni menos que una fiesta de evolución convergente, pensó.

Después de un kilómetro encontró un sendero marcado en la ladera. Siguió por la retorcida pista de color cobre hacia el fondo de valle.

El primer habitáculo que alcanzó, una choza de madera y adobe sobre zancos, estaba del otro lado de un campo sembrado con ordenadas filas de algo parecidos a remolachas. Había toscos arados, hechos de algún análogo de la madera, repartidos alrededor en el campo. *No avanzados tecnológicamente, entonces*. Pero estas podrían ser las afueras, por supuesto. Debía encontrar una ciudad. Necesitaba encontrar adelanto industrial.

Trazó un plan tentativo. Podría usar los recursos de una sociedad parcialmente industrializada, por lo menos para regresar a la órbita. Quizás estos *ETs* tuvieran tecnología espacial. Si era así, tenía que encontrarla.

No fue un plan bueno, pero fue lo mejor que pudo lograr.

ooo ooo ooo

Había movimiento en el campo delante de ella.

El ET estaba arrodillado al lado de una fila de esas cosas parecidas a remolachas, mirando para otro lado. Se enderezó, mirado hacia el cielo vacío.

Descendiente de anfibios, pensó de inmediato: específicamente, una rana. Una rana basada en silicio. La cosa tenía simetría bilateral: dos brazos, dos piernas. Su torso corpulento se sostenía en piernas zancudas; su color de piel era de un castaño lustroso, casi como si estuviera laqueada. Llevaba una larga tela parda sobre el área de su lomo.

¿Modestia? ¿La correa de una herramienta?

El ET se dio vuelta.

Su cabeza acupulada era mucho más de rana aún: dos ojos bulbosos, una abertura ancha como boca; pero los ojos estaban ubicados debajo de la boca. Se veía como si su cabeza estuviera invertida. Su pecho desnudo estaba adornado con tres formas alargadas, como gajos, de color mostaza amarillento.

Cuando su mirada encontró a Wake se congeló, mirándola.

Lentamente, levantó la mano en saludo. Cualquier bípedo hacedor de herramientas debe responder a ese gesto. Wake cruzó el campo, por entre las filas de plantas frondosas. A dos metros del ET ella comenzó a hablar, emitiendo diversos saludos al azar.

El ET era pequeño, apenas alcanzaba la altura de su diafragma. Los ojos amarillos setriangulaban en su cara. El ET envió una serie de barboteos sibilantes. Después de un par de minutos, el vocoder emitió un blip.

—¿... mi campo? ¿Qué quiere usted? ¿Vino a dañar las cosechas? ¿Qué...?

—Soy una viajera. Mi nombre es Katerina Wake —se señaló—. ¿Y usted?

El ET escudriñó el lugar debajo de la boca de ella, escuchando palabras que no estaban sincronizadas con los movimientos de los labios extrañamente situados de ella.

—Soy sembrador y labrador. Soy... —Un murmullo. El vocoder proyectó una transliteración en el globo del ojo—. "F'han Lha".

—¿Cómo se llama su gente?

La cosa se quedó mirándola.

Ese era un mal signo. La carencia de un nombre que distinguiera a los locales significaba que el ET no conocía a nadie fuera de su grupo inmediato. Incluso en teoría. Y si este ET piensa que esta comunidad pequeña y escuálida contiene a la única gente en el mundo, no puede haber muchos métodos de viaje, de comercio, de comunicación.

Ni hay probabilidad de que exista ninguna nave espacial, tampoco. *He aterrizado en una Edad Media basada en el silicio.*

La mirada de F'han se movía desde la cara de Wake hacia el medallón de su cuello. Ella deslizó el medallón sobre su cabeza y lo mantuvo ante los ojos fascinados del ET, dejando que el holograma hiciera su ciclo.

F'han alzó sus manos de tres dedos. No había dedo pulgar oponible, notó.

—¿Para mí?

—No. Lo lamento. —Devolvió el medallón a su cuello.

Tres ETs más descendieron por una escalera desde el interior de la cabaña elevada. Se movieron hacia ella con una marcha baja y regular.

—¡F'han!

F'han miró el campo hacia los otros. El recién llegado debía ser tan alto como Wake; uno de ellos agarró la cabeza de F'han con un gesto protector. *He estado hablando a un niño.*

Rápidamente, los cuatro Ets treparon por la desvencijada escalera de símil madera y desaparecieron en el interior oscuro de la morada.

ooo ooo ooo

Caminó por el valle, ascendiendo de regreso hacia donde estaba Vaina.

Podría alargar los suministros de Vaina a diez o quince días, llevando las raciones a lamitad. Y podía compensar su tiempo en la superficie entrando de vuelta al éstasis, dentro de Vaina. Vaina se automantenía. Allí duraría meses, años, viviendo algunas horas a la vez... ¿Pero para qué? ¿Para morir de hambre el siguiente año en lugar de ese?

Por supuesto, F'han solamente era un chico. No conocería todo. Quizás había una ciudad reluciente un poco mas allá de las colinas... Pero la habría visto desde la órbita. *Afróntalo, Wake. Esto es todo lo que hay. Granjeros basados en silicio: Ni más ni menos*.

Estos ETs estaban a generaciones de distancia de desarrollar suficiente tecnología para ayudarla: bioquímica compleja para sus necesidades alimenticias, para llevarla de regreso a la órbita.

¡Si falla A, intenta con B! ¡Si B llega a fallar, intenta con C!

Bien, si los ETs no pueden ayudarla ahora, lo que debe hacer es esperar hasta que puedan. Debe meterse en Vaina y esperar todo el tiempo que les lleve a estos ET hallar el camino hacia algún tipo de tecnología; puede resistir un infierno de tiempo dentro de Vaina.

Abrió una grieta con el láser en la cara de la roca ubicada detrás de Vaina y luego, durante la siguiente hora, empujó a Vaina dentro del estrecho refugio. Depositó tierra y rocas contra Vaina; así estaría protegida del clima y, cuando el análogo de la hierba creciera en los terraplenes, oculta de una observación sencilla.

Trepó dentro de Vaina.

—¿Instrucciones?

¿Cuánto tiempo? Debía esperar suficiente tiempo para ver si los ETs entraban una curva tecnológica creciente o no. Pero no un tiempo tan largo como para quedar fuera de su época.

¿Cincuenta años?

En 50 años, Ben probablemente moriría. Y las muchachas serían mujeres a medio camino de la vejez, tan mayores como Wake ahora. Encontraba difícil aceptar que en segundos subjetivos la gente que amaba habría vivido sus vidas sin ella.

Pero no tenía muchas opciones, pensó desoladamente.

—Cincuenta años. Estándar de la Tierra.

Cerró los ojos y se entregó al abrazo de los subdérmicos.

ooo ooo ooo

Despertó y se quedó ahí, esperando la apertura de la tapa.

No se sentía diferente, como si recién acabara de cerrar los ojos. Y el cielo, a través de la cubierta, se veía inalterado. Al sudoeste pudo ver a Madre, una chispa de luz inmóvil en el cielo verdeazulado.

Encendió el vocoder e hizo el camino hacia abajo del valle. Tomó una senda que corría a través de un descuidado campo hacia la granja donde, 50 años atrás, había hablado con F'han Lha.

Un grupo de ETs trabajaba en sus campos pedregosos. La gente rana de piernas zancudas llevaba arados de símil madera encadenados a sus espaldas, abriendo surcos a lo largo de la tierra carmesí. Los trabajadores levantaron sus vistas, observando su progreso por algunos segundos, y luego regresaron, nada curiosos, a su laboriosa tarea.

Más trabajadores se colocaron en línea hasta el río de plata. Mientras Wake los observaba, se pasaron envases formados de calabazas a lo largo de la línea. Los últimos de la línea lanzaron el agua hacia la tierra. Fue laborioso, fantásticamente ineficiente.

No pudo ver signos de cambio.

Sintió un agudo desprecio hacia los ETs. ¿Por cuántos siglos habían vivido de esta manera, soportando esa bucólica vida de nacimiento, trabajo en los campos, muerte?

El sol naranja golpeó sobre su cabeza; estaba acalorada, desarrapada, hambrienta, sola. *Bravo por mi plan.* Bien, entonces, pensó con un rastro de desesperación y enojo, tendría que sacar a los malditos ETs fuera de su equilibrio confortable y embotado.

Fue a la sombra de la casa sobre zancos, y esperó.

Lo que estaba planeando no era exactamente ético. Pero la ética, para una humanidad esparciéndose desesperadamente por nuevos planetas, era un lujo.

El comportamiento ético no había participado aún en su entrenamiento.

ooo ooo ooo

Cuando el sol llegó a su punto más alto, los trabajadores caminaron con esfuerzo desde los campos y el río. Ellos también se colocaron bajo la casa y empujaron remolacha amasada en sus bocas, ubicadas en la parte superior de sus cráneos.

Wake se paró ante ellos. Mientras los ETs comían, ella los observó directamente.

—Donde provengo, hacemos las cosas de otro modo. Mejor. Más fácil.

Recogió una roca aguda y comenzó a trazar un tosco diagrama en los paneles de símil madera de la casa. Era un tubo curvado en forma de espiral alrededor de un cilindro central. Si el diagrama no funcionaba construiría un par de modelos simples.

Uno de los ETs se acercó, curioso aparentemente, alto, espigado, con un anillo de manchas verdes en su cuerpo.

—Llevamos agua con esto. Es fácil. Este dispositivo se llama Rosca de Arquímedes...

ooo ooo ooo

—Instrucciones.

Besó el medallón. *Lo siento mucho, Ben.*

Se estaba deslizando profundamente en ese hoyo en el espacio y el tiempo. ¿Pero qué opción tenía? *Estoy cayendo en él debido a que no hay nada de lo que pueda sostenerme...*

Este es un plan infernal, Wake.

—Instrucciones —repitió Vaina.

Cerró los ojos.

—Doscientos años. Estándar de la Tierra.

Quizás la espera sería suficientemente larga para que la semilla plantada diera su fruto.

¡Si falla A, intenta con B! ¡Si B llega a fallar, intenta con C!

ooo ooo ooo

Abrió los ojos. Ante ella, la cubierta de cristal estaba quebrada.

Empujó la cubierta y salió. Estaba rígida, sus miembros irritados, su estómago apretado. Era de noche; las nubes sobre su cabeza eran gruesas, cargadas de lluvia, y un resplandor amarillo azufre iluminaba sus partes inferiores.

Cambio, pensó inmediatamente, y se sintió exultante.

Su terraplén ya no estaba, y Vaina había sido arrastrado fuera de su grieta y puesto enuna base de pequeñas piedras, rodeada por altas rejas de hierro. A lo largo del flanco plateado de Vaina había rasguños y abolladuras; se veía como si alguien hubiera intentado abrir el dosel.

Su corazón latió más rápido. *He inducido curiosidad, entonces.*

Cruzó la base de piedras, se agarró de la reja y espió a través de ella. Seguía aún en las colinas, al pie de una montaña —las montañas gastadas destacaban detrás de ella, oscuras, desiertas—, y hacia el sur descendía el valle, débilmente trazado, bajando a la distancia. Pero ahora había luces artificiales brillando a través del valle, en apretadas salpicaduras amarillas. Vio carreteras cruzando lo que había sido un ancho llano verde. Casas de piedra llenaban el fondo de valle, agrupadas acerca de oscuros y opresivos edificios: molinos, fábricas quizás. El río había sido enderezado, y habían montado una represa; unos inmensos dispositivos espirales, que reconoció como descendientes remo-

tos de su Rosca de Arquímedes, se alineaban sobre el modificado valle, bombeando agua en rectas zanjas de irrigación. En la boca del valle, lejos, vio las luces de una ciudad con calles densamente amontonadas, aire cargado de contaminación.

A través del aire brumoso pudo ver apenas un tosco puerto sobre el borde del océano.

Contempló el cielo del sudoeste, en busca de Madre. Pero las nubes eran gruesas, y una niebla de contaminación colgaba sobre el valle.

—¡...Alto! No se mueva.

La orden, en sibilante ET superpuesto al susurro del vocoder, provino de detrás de ella. Levantó sus manos al aire, mostrándolas vacías.

—Vuélvase. Lentamente.

De nuevo obedeció.

Dos ETs de aspecto sólido, vestidos de negro, con apretados uniformes, estaban parados fuera de la empalizada que rodeaba Vaina. La estaban apuntando con algo parecido a ballestas. Pudo ver las flechas; eran agudas, masivas y acanaladas con una espiral. Evidentemente, pensó, su revolución de la Rosca de Arquímedes había tenido algunos giros inesperados.

Uno de los ETs abrió una pesada puerta y entró a la empalizada. Levantó su cabeza invertida y la observó con ojos dorados. Luego se acercó a Vaina y espió a través del cerrado dosel de cristal. Susurró algo a su compañero, demasiado rápidamente para el vocoder, y luego abandonaron la empalizada y comenzaron a trabajar en una chata máquina ubicada arriba de la meseta. Oyó crepitar la electricidad. De la máquina surgió una luz sulfurosa que apuntaba hacia afuera del valle, cortada en una secuencia de puntos y rayas. *Una señal. Ellos me han estado vigilando, esperando que emergiera. Y ahora que estoy aquí, están avisando.*

Después eso, esperaron. Los ETs no le permitirían regresar a Vaina, de modo que se sentó en el piso, aparentando fatiga.

ooo ooo ooo

Después de una media hora llegó un retumbo desde fuera del valle. Ella se paró y los ETs le permitieron llegar hasta las rejas. Un achaparrado camión a vapor estaba trepando la pared del valle. Había dos ETs con ponchos relucientes sentados cómodamente en su techo, delante de un par de tubos que lanzaban vapor. Las ruedas eran grandes, de madera reforzada con hierro. La caldera que estaba oculta dentro de la caja del vehículo no era suficientemente potente como para arrastrar al camión subiendo la colina, y había un tosco sistema de aparejos en el frente del camión. Una docena o más de Ets estaban atados al aparejo ,arrastrando el camión a los tumbos por la tierra desigual. Uno de los esclavos la miró vagamente, con la boca bien abierta. Tenía una figura como de pez en su pecho desnudo, de color amarillo mostaza y —ella se asombró de verlo— un tosco medallón, esculpido en madera, alrededor su cuello. El medallón era, obviamente, una imitación desmañada del de ella. Quizás el esclavo era un descendiente de F'han Lha; ¿era posible que la memoria de su última breve aparición emergencia hubiera estado pasando de generación en generación?

Los dos ETs de arriba se veían gordos, suaves y bien vestidos. Los esclavos atados en elaparejo, en comparación, se veían flacos, agotados, magullados.

Te has convertido en la serpiente del paraíso, Wake, pensó.

El camión fue arrastrado hasta llegar frente a las rejas.

Dos esclavos ayudaron a uno de los ETs conductores a bajar a tierra. Se dirigió hacia Wake, meneándose imperiosamente. Su poncho, cargado de insertos de cobre, brillaba carmesí. Vio que su caparazón superior tenía una marca, un círculo de puntos verdes, y llevaba un pendiente como el de ella en forma de espiral de Arquímedes.

Se sintió abrumada. Esas gentes debían haber estado listas para la estimulación. Receptivas. Habían tomado los fragmentos que ella les había dado y habían construido toda una subcultura; sintió como si se reflejaran aspectos de su personalidad tras ella, extrapolados a límites absurdos.

Mantuvo las manos con laspalmas hacia arriba, preguntando.

—¿Qué quiere usted?

El ET señaló hacia su vocoder, hacia sus ropas, a Vaina. Dijo algo; un intento crudo por pronunciar "Arquímedes".

Empezaba a sentirse desalentada; necesitaba volver a Vaina. Maldito. No tenía tiempo de pensar.

Esa gente no parecía motivada a ayudarla. Deseaban exactamente lo que ella tenía. Tenía que averiguar si eran una amenaza positiva.

Señaló hacia Vaina. —Mío—dijo bruscamente—. No suyo.

Los esclavos, aún atados en sus arneses, se agitaron. Ella no era experta en lenguaje corporal ET, pero le pareció que estaban encontrando algún tipo de inspiración en sus palabras de desafío. *Interesante*. Quizás había allí un ángulo que pudiera explotar.

Anillo Verde hizo un gesto. Un soldado levantó su ballesta espiral y apuntó a su cabeza.

El corazón de Wake golpeó fuerte, y sintió acumularse la saliva en la parte trasera de su garganta. *Ahá. Una amenaza, sin duda. ¿Y ahora qué, Wake?*

Tuvo que ajustar su actitud. Hazles enfocar un objetivo que podamos compartir todos.

Dijo: —Llave. Para Vaina... para mi tumba.

Mantuvo las manos en alto, pero comenzó a bajarlas lentamente hacia su cinto, dondetenía la pistola de láser.

Anillo Verde pareció dudar. Ella pudo ver los tríos de dedos de los soldados apretados sobre los gatillos de sus ballestas. Sacó la pistola. La levantó para que la vieran, apostando a que no la reconocerían como una arma.

—Llave. ¿Okey?

Se giró, sosteniendo la pistola alta sobre su cabeza, y comenzó a caminar hacia Vaina.

Entonces, con un movimiento súbito, se volvió y pulsó el interruptor de alimentación de láser. Una vara de luz roja, intensa en la oscuridad neblinosa, alumbró sobre su cabeza, sobrenaturalmente recta. Antes de que los ETs se pudieran mover, ella lanzó el rayo sobre un soldado, cortando limpiamente uno de sus brazos. Su ballesta resonó contra el suelo.

El soldado miró hacia el muñón, que estaba bombeando un oscuro análogo de la sangre. Entonces cayó hacia atrás, con sus ojos rodando hacia arriba y sus miembros restantes temblando en un espasmo de dolor.

Ella avanzó hacia los ETs.

Levantó el medallón y activó el ciclo del holograma, una Tierra reluciente, azul y verde.

—¡Oiganme! Regresaré dentro de —calculó rápidamente— cien años. Entonces les daré a ustedes, a sus niños, esta luz, el contenido de mi tumba. Pero a cambio... —apuntó la vara de luz hacia las nubes— ustedes construirán una máquina para levantarme en el cielo. Me llevará a la luz que orbita. —El vocoder no pudo traducir eso—. A la estrella que resplandece constante en el cielo. —Era suficiente. Tendrían generaciones para figurarse qué era—. Hagan eso o llamaré más luz desde el cielo y destruiré sus campos y sus fábricas, y los ríos y los mares se volverán vapor, y cortaré a sus niños en trozos pequeños...

Los esclavos —los descendientes del muchacho campesino F'han, quizás— le estaban gritando ahora, ondulando sus brazos en el aire, sosteniendo las toscas copias esculpidas de su medallón. *Bien triste*, pensó. *Creen que soy un dios*. No había anticipado eso. ¿Ayudaría, o la dañaría?

Esta cultura, este mundo del valle, era como un baño de parafina en el que, periódicamente, ella estuviera arrojando fósforos encendidos. No podía predecir cómo iba a prender esta vez, si esta última jugada absurda daría resultado.

Era demasiado tarde para hacer cualquier otra cosa.

Les volvió la espalda y caminó hacia Vaina esperando a cada paso recibir, inflexible-mente, una flecha de ballesta entre sus hombros.

Aceptó el abrazo de los subdérmicos con alivio.

ooo ooo ooo

La vaina se sacudió; unos estampidos sordos la alcanzaron en su cabina protectora. Más allá del vidrio estrellado del dosel había un brillo de luz. ¿Relámpagos? No, era fuego naranja rojizo.

Como combustible de aeronave.

Empujó el dosel y se levantó; se sintió vieja, rígida, golpeada. El cielo era inmenso, aguamarina, claro de nuevo. Localizó a Madre, una chispa de luz en posición sudoeste, navegando serena por encima de todo. Pero el cielo estaba maltratado por blancas humaredas de explosiones y remotas explosiones.

Las colinas antiguas se levantaban aún detrás de ella pero algo de ellas era diferente: en varios lugares su perfil había sido alterado, amuescado. En un lugar vio un reflejo apagado de vidrio, de roca fundida.

Caminó hasta el borde del valle.

El pobre pavimento estaba lleno de cráteres y piedras, las rejas se habían convertido en un enredo de hierro oxidándose. Ahora había una gran barricada alrededor de Vaina: terraplenes, y estructuras similares a trampas de tanque. Los terraplenes se extendían hasta el fondo del valle: kilómetros de ellos, erizados con emplazamientos de armamento y algo parecido a alambre de púas.

Sucios soldados ET se movían por el fango. Vio varios con serios daños: muñones de miembros amputados, caparazones severamente heridas. Muchas de las heridas estaban infectadas. Evidentemente la ciencia médica no había avanzado tanto como el arte de la guerra.

Más allá de los terraplenes el valle estaba desolado, la tierra destrozada, los pequeños

árboles reducidos a tocones quemados. La ciudad del puerto que recordaba en la distancia había sido aplanada, reducida a un cuadriculado rectilíneo de cimientos. Había fuegos encendidos, y le pareció ver ETs desarrapados moviéndose entre los escombros. La contaminación se había ido, no obstante. Esta guerra tiene que haber durado años; no debe haber habido industria en este valle durante mucho tiempo. Ahora podía ver con facilidad todo el camino hasta la costa...

Y allí vio una fila de armazones metálicos, rígidos y grises, y en cada uno había una delgada aguja, de un blanco de perla que resplandecía en el sol, envuelta en vapor.

Su respiración se detuvo. *Más evolución convergente*. Podría haber sido Cañaveral o Tyuratam, Mergui o Tanega Shima: Cualquiera de los espaciopuertos de la Tierra. *Funcionó, por Dios*. Están preparándose para llevarme a la órbita.

Unos cien metros debajo de ella, un soldado de los terraplenes la vio. Comenzó a hablar a sus compañeros. Más de ellos sacaron sus cabezas sobre las trincheras y gritaron. Entonces comenzaron a gatear hacia fuera, algunos de ellos sobre torpes miembros dañados, acercándose a ella. La mayor parte de ellos usaban amuletos alrededor sus cuellos, y los levantaron, imitando el gesto que ella había hecho ayer... O 50 años antes.

Comenzaron a cantar, y el vocoder susurró*. Llamaré a la luz del cielo. Destruiré sus campos y sus fábricas, sus ríos y sus mares se volverán vapor, y cortaré a sus niños en trozos pequeños...* Se juntaron en un grupo, y treparon el declive hacia ella.

Retrocedió, asegurándose de tener camino libre para volver a Vaina. De modo que su plan había funcionado. Era obvio que estas gentes la adoraban, hasta cierto grado; en realidad estaban defendiendo la posición de Vaina. (¿De quiénes?) Quizás fueran los descendientes de los oprimidos esclavos que había visto la última vez. Quizás, inspirados en su memoria, se habían liberado de sus amos.

Y ese fue su milenio: la segunda llegada había sido predicha, y ahora se estaba cumpliendo.

En este momento tuvo miedo de que la adoraran hasta la muerte. De todos modos, con todo ese fervor, esta gente no sería muy útil para ella. Tenía que alcanzar ese complejo de lanzamiento de la costa...

ooo ooo ooo

La tierra se estremeció. El lugar explotó en el aire. Se lanzó a tierra y se cubrió la cabeza con los brazos; las tropas de ETs retrocedieron, gritando.

¿Ahora qué? ¿Artillería? Pero no vio fogonazos, o humareda, y seguramente habría oído llegar un proyectil. ¿Un temblor, entonces?

La vibración continuó y continuó. El pavimento destrozado se movió debajo y alrededor de ella.

La tierra se abrió a menos de tres metros de distancia. Un hocico de metal empujó hacia arriba, hacia afuera de la tierra, brillando como plata, girando con un plañido de cojinetes

gastados. El vehículo se arrastró saliendo de su hoyo, laboriosamente, y se retrepó hasta la superficie. Era un grueso cilindro con una cuchilla espiral envolviéndolo alrededor de su casco, como una gran Rosca de Arquímedes letal. La cuchilla se detuvo y las escotillas redondas en los flancos del vehículo se abrieron hacia afuera. Las tropas se esparcieron hacia afuera del casco de la nave de metal, gritando, cargando pesados rifles; vestían ponchos de color cobre apretados estrechamente sobre sus cuerpos, cargados con municiones y equipo.

De modo que la clase opresora aún sigue por ahí. En realidad tenía sentido; tenían que haber sido los "opresores", más avanzados técnicamente que los soldados de las trincheras, quienes habían desarrollado el complejo de lanzamiento.

Se puso en pie.

Los ETs sitiadores la vieron de inmediato; apuntaron y gritaron.

Su mente giraba. ¿Debía dejar entrar en su territorio a estos tipos de poncho, permitirles llevarla al complejo de lanzamiento de la costa?

Pero no se veían muy amistosos. Recordó la codicia no ocultada de Anillo Verde. Estasgente evidentemente no la veneraban; sólo querían lo que ella tenía. Y, a pesar de la existencia de ese complejo de lanzamiento, podrían estar preparados para quitarle todo sin cumplir con su parte del trato. Los esclavos por lo menos estaban intentando protegerla.

¿Qué debo hacer? ¿Cuál lado debo elegir?

ooo ooo ooo

Surgió un gruñido desde las trincheras de más allá del borde de la meseta. Los ponchos se volvieron, levantando sus armas. Apareció un ancho hocico de hierro; inmensas orugas desparramaban tierra sobre las piedras destrozadas. Era algún tipo de tanque primitivo que trepaba desde las trincheras, lanzando vapor a través de una hilera de chimeneas. Las tropas de los esclavos venían gateando hacia la destrozada plataforma, protegiéndose detrás de la máquina, gritando y agitando sus armas.

La torrecilla del cañón principal del tanque giró sobre un eje para apuntar al vehículo excavador; entretanto, los de los ponchos avanzaban corriendo, al encuentro de las tropas de las trincheras. El tornillo en espiral del excavador comenzó a girar, como si estuviera intentando escapar.

Todo ocurría demasiado rápido para Wake. *Cuando estes en duda, sigue lo que dicen tus tripas.*

Hizo su elección. Corrió hacia el frente, intentando alcanzar las escotillas del excavador, que ya se cerraban.

Antes de que llegara, una luz naranja y blanca destelló en la costa, deslumbrante. Wake se lanzó a tierra una vez más. El tanque, las tropas batallando, proyectaron grotescas siluetas.

El ruido los alcanzó, un estruendo inmenso, tan violento que golpeó su caja torácica.

Levantó la cara. *Luz de cohetes*. Se paró y se lanzó hacia adelante, pasando frente a las deslumbradas e inmóviles tropas en dirección al borde de la meseta.

Habían lanzado los cohetes de la costa. El humo blanco se esparcía en grandes nubes desde las plataformas de lanzamiento. Contó tres, cuatro, cinco agujas blancas y delgadas subiendo hacia el cielo verdoso como gotitas de luz amarilla intensa.

Sintió un puño de pánico en su pecho. *¡Demasiado pronto! ¡Los lanzaron demasiado pronto! ¡Yo no estoy a bordo, maldita sea*!

Entonces miró con más atención. Los cohetes en ascenso tenían un tosco diseño: eran en su mayor parte tanque de combustible, con un cono pequeño para cargas en la punta. Demasiado pequeño a llevar a un humano, o a un ET.

No eran naves espaciales, comprendió. Eran misiles.

Era imposible asegurarlo con el ojo desnudo, pero parecía como si ascendieran para encontrar a Madre, estrella constante que brillaba en el sudoeste.

Los proyectiles se acercaban rápidamente al blanco. *Estos tipos de poncho no tenían intención de ayudar. Quieren destruir a Madre. De manera que yo no pueda lanzar fuego sobre sus niños, como amenacé... Y cuando Madre ya no esté, van a venir a por mí. Maldito plan, Wake.*

Pero estos primitivos seguramente no pueden dañar a Madre, aunque los cohetes alcancen su objetivo.

Pensó en las colinas marcadas de muescas, el cráter vidrioso.

Nucleares. Tienen cabezas nucleares. Y ya las han utilizado.

Madre no podría sobrevivir a un ataque nuclear.

Madre estaba alimentada por una fuente de poder basada en la cromodinámica, la fuerza nuclear fuerte. Una energía un orden de magnitud más densa que las fuerzas débiles involucradas en las explosiones de fisión. Si los ETs lograban quebrar el casco de

Madre y estallara el generador de energía cromodinámica, entonces ese maldito planeta sería borrado limpiamente.

Los cohetes de cabeza nuclear se habían alzado casi fuera de su vista. Giró y corrió hacia Vaina. Era el único lugar donde podía estar segura.

Las bandas de ETs, recuperadas del shock causado por el lanzamiento, habían vuelto a

chocar de lleno una contra otra. Algunos se apartaron para perseguirla a ella. El excavador se estaba zambullendo de vuelta en su hoyo en la tierra.

Se lanzó dentro de Vaina y cerró el dosel. Los ETs se agruparon alrededor de Vaina, martillando y arañando la superficie estrellada.

—Instrucciones.

—Algoritmos heurísticos —dijo rápidamente.

Distorsionadas caras de rana se apretaban sobre la cubierta de cristal. Los subdérmicos la envolvieron.

Una luz floreció frente a ella, mucho más brillante que el sol.

Manos sin pulgares presionaban sobre la cubierta, dejando trazos de limo que burbujearon y se quemaron hasta secarse.

Entonces hasta las sombras se quemaron y quedó envuelta en luz.

ooo ooo ooo

La tapa se levantó. La luz solar, naranja brillante, inundó el interior de Vaina, pero un

profundo frío penetraba en sus huesos.

Wake se levantó. Se sintió débil, frágil. Tiró de la tela de su traje de vuelo; quedaron

fragmentos en sus dedos. Podrido.

Se puso en pie. Tuvo que aguantar en pie, mientras el cielo giraba alrededor de ella.Sintió como si hubiera estado fuera por...

¿Cuánto tiempo?

Salió de Vaina.

El sol colgaba en un cielo verdeazulado y vacío, descolorido, sin calor. Sin nubes.

Sin Madre.

Algunas de las piedras del suelo habían sobrevivido, pero estaban destrozadas, desgastadas en piedritas lisas. Ningún análogo de la hierba crecía entre ellas. El hielo abrigaba una tierra expuesta. Había ceniza, tiznada, mezclada con hielo en pequeños granos.

Caminó al borde de la meseta. La atmósfera era tenue, como si estuvieran en una gran altitud; sus pulmones se esforzaron intentando extraer oxígeno del frío aire.

El valle era una escultura en blanco y castaño. Por todos lados roca fundida y vidriosa, surgiendo a través de la nieve consolidada. Parecía que se estuviera formando un glaciar. No había hierba, ni árboles. Nada se movía. No cantaban los pájaros. No pudo ver señales de la cicatriz que había dejado la caída del transbordador en la ladera.

Cubrió sus ojos doloridos y observó la costa. La ciudad no estaba, el puerto tampoco. Había una forma angulosa que parecía el muñón de una de las plataformas de lanzamiento. Inmensos carámbanos colgaban del mismo. En el mar, blancos reflejos. Témpanos de hielo.

El frío era increíble.

Estaba jadeando. El contenido de oxígeno era menor que el que había medido antes. Regresó a Vaina y tomó una máscara de aire, fijándola sobre su cara.

—Contenido atmosférico —le dijo a Vaina—. Interpretación.

—Combustión de biota. Global. El oxígeno libre se retiró.

—¿Pero no hubo reposición?

—No observada. Los niveles de oxígeno continúan en disminución. Supervivencia de la tripulación no asegurada.

—¿Cuánto tiempo estuve dentro?

—Cuarenta y dos mil quinientos... *Jesús. Decenas de milenios.*

Suficiente tiempo para que los subproductos radioactivos de la última guerra nuclear y de la destrucción de Madre disminuyeran en peligrosidad. Suficiente tiempo para que las cenizas de la quemada biosfera cayeran a tierra en la lluvia y, luego, en la nieve; suficiente tiempo para que el planeta arruinado pudiera alcanzar un nuevo equilibrio climático: Un invierno permanente, cubierto de hielo, reflejando la mayor parte del calor de sol de vuelta al espacio. *Nada quedó vivo. He matado a los niños de F'han Lha. He matado incluso los bosques y las algas y el plancton, o cualquier equivalente basado en silicio que sirviera para bombear oxígeno en este aire. Supervivencia de la tripulación no asegurada, sin duda.* El medallón seguía alrededor de su cuello. Agarró el pequeño pendiente, lo mantuvo en alto, lo giró. Estaba oscuro. El holograma había fallado, su minúscula batería interna estaba vacía. Sintió dolor. *¿Ahora qué?*

El azaroso pensamiento la hizo reír, jadeando dentro de la máscara. *Me he exiliado yo misma en este agujero del espacio tiempo: A unos cien años luz del hogar, y 40.000 años fuera de mi tiempo. Más tiempo que el que mi especie existe en la Tierra, antes de mi propio nacimiento. He aquí mi plan.*

ooo ooo ooo

Realmente, descubrió después algún tiempo, tenía un plan. Era absurdo, por supuesto. Pero la otra alternativa era dar todo por perdido. Gastó un día de estado consciente, todo un día precioso, trabajando con su plan.

Excavó con su láser un agujero en la tierra congelada. Enterró un calentador en el subsuelo e instaló una línea de potencia entre el calentador y Vaina. Canibalizó el saco digestivo de Vaina. Lo programó para procesar el suelo inerte hastaconvertirlo en aminas para las proteínas, azúcares y bases para los ácidos nucleicos: los bloques de construcción de la vida terrestre.

Tomó una muestra de sus bacterias digestivas y las almacenó en frío. Programó la cápsula para dejar libres muestras de las bacterias de sus intestinos a intervalos cronometrados. Su plan era simple, elemental. Propagaría la vida terrestre en ese planeta. Ella pondría vida allí, tomara el tiempo que tomara, para repoblar el mundo. La siguiente ocasión que saliera de Vaina debería haber allí una biomasa de vida basada en el carbono, que Vaina procesaría para alimentarla. Era un buen plan. Todo lo que tenía que hacer era crear vida, hacer que evolucionara en una raza consciente y educarla para llevarla a su hogar: podría encontrar a alguien allí, de cualquier modo, después de 40 milenios. Simple. *¡Si falla A, intenta con B! ¡Si B llega a fallar, intenta con C!* Mientras la maquinaria se ponía en marcha, se sentó en la tierra congelada con las rodillas recogidas sobre su pecho, pensado en F'han Lha. F'han, a cuyos descendientes había borrado de la historia. Todo para salvarse ella misma. La moralidad de aquello era demasiado grande para ella. Todo lo que había hecho había sido seguir lo que le habían enseñado en su entrenamiento, maldito sea.

Wake no era héroe. Ni pretendía serlo. Ella estaba ahí afuera haciendo un trabajo, durante un plazo fijo, para ganar un salario. Ahora las cosas habían salido mal, y sólo deseaba irse a casa.

Yacer ahí muerta no estaba en la descripción de su trabajo. Lo cual debería ser de una moralidad suficiente para cualquiera. Le dolió pensar en todo eso. Se subió, sin más lamentos, de vuelta a Vaina.

—Instrucciones.

—Abre por petición. —*De un equipo de rescate, dorado, sabio, avanzado*—. O en caso de revertirse la falta de oxígeno. O al detectar una biomasa significativa de tipo terrestre. O... Dudó. La vaina esperó, infinitamente paciente. ...o después de cinco millones de años. Apretó el medallón en su mano. Se sentía avergonzada al comprender que su minúscula falla la alteraba más que la muerte de ese mundo extraño. Mantuvo la mano cerrada, apretada contra su pecho. Cerró los ojos.

ooo ooo ooo

Estaba sumergida en blanco. La cubierta de Vaina estaba tan marcada y congelada que no podía ver hacia fuera de ella.

Levantó la mano desde su pecho. El polvo cayó fuera de su puño cerrado. Eso había sido el medallón. *Oh, mierda.* —¿Cuánto tiempo?

La voz de Vaina estaba borrosa, distorsionada. —Cinco millones. La cubierta se abrió, pero con un crujido. Un hielo antiguo, grueso, chasqueó cayendo

lejos de las bisagras. El aire inundó el cubículo, frío como un aguja.

Era de día, de nuevo, en ese futuro remoto. El cielo seguía siendo verdeazulado. Se paró. Salvo por sus botas, ella estaba desnuda, su traje de vuelo se había destruido largo tiempo atrás.

La tierra seguía helada, con bloques de roca surgiendo aquí y allá. Ahora había capas y capas de hielo, la ceniza de la biomasa quemada había sido enterrada mucho tiempo atrás. El valle —desolado, vacío— bajaba hacia lo lejos, hacia un mar abigarrado de blanco, aparentemente inalterado. Sintió que sus pulmones trataban de aferrar el aire. Podía comprobar con Vaina, pero estaba segura de que el contenido de oxígeno no había aumentado. Frente a Vaina había un disco de fango derretido de unos treinta metros de diámetro, nítidamente marcado sobre la tierra cubierta de blanco. Mientras ella miraba, una inmensa burbuja se levantó y estalló, como un eructo, en su interior. Tomó una punta de prueba múltiple de Vaina y descendió, aterida, fuera del compartimento. Pudo sentir el frío de la tierra a través de sus botas. Sus pulmones ya le dolían. No podía sentir su piel desnuda, pero podía ver la piel de gallina en sus brazos y como se congelaba su aliento. No podría estar ahí mucho tiempo. Alcanzó el círculo derretido y hundió la sonda. Había aminas, nucleótidos y azúcares allí. Había organismos que habían evolucionado significativamente a partir de sus bacterias de intestino. *Qué hay aquí. Quizás el plan está por funcionar.* Desnuda, sola en el abismo del espaciotiempo, tiritando sobre la fangosa charca primitiva, rió para sí misma.

ooo ooo ooo

Era la caída de la tarde, ahí, a cinco millones de años de profundidad en el futuro. Decidió utilizar otras pocas horas de preciosa conciencia para ver la caída de la noche. Se volvió a trepar a Vaina e intentó calentarse, envolviendo los brazos alrededor de su cuerpo desnudo. Buscó detalles sobre la fotosíntesis en la memoria de Vaina. Era lo que necesitaba su pequeña colonia, autosustentación, alimentarse de la abundante luz solar. Vaina le dijo que los primeros organismos fotosintetizadores en la Tierra fueron colonias de bacterias. Dejaron fósiles del tamaño de pelotas de basket, llamados estromatolitos... Wake intentaba escuchar, pero podía aprovechar muy poco de esa información y no podía hacer planes en base a ella. No tenía recursos de ninguna clase, de todos modos. Sus bebés surgidos de las bacterias intestinales tendrían que hacerlo a su propio modo. Se hizo de noche. Salieron las estrellas. Inspeccionó el cielo. Cinco millones de años había sido tiempo suficiente para colonizar la Galaxia. Tan cerca de la Tierra como estaba, esperaba ver signos: estrellas redistribuidas para cubrir la demanda de las necesidades humanas, contenidas en estructuras inmensas, las esferas de Dyson. Las

constelaciones que vio eran azarosas, los espacios entre ellas vacíos, no estructurados. ¿Estaría extinta la humanidad, entonces? O había retrocedido hacia la Tierra, con sus

grandiosas ambiciones perdidas? Estaba sola ahí. Se recostó en su cama y permitió a los subdérmicos que se arrastraran sobre ella, insensibles.

—Instrucciones.

¿Cuando estás en un agujero y no puedes salir, qué haces?

Sigues cavando, se respondió. —Quinientos millones de años —dijo.

ooo ooo ooo

La lluvia caía con fuerza contra la cubierta, gotas pesadas, gruesas. Más allá de Vaina había oscuridad. Sus botas habían desaparecido, lo mismo que la mayoría del material blando del interior de Vaina; sólo quedaban las superficies duras. Salió. La lluvia cayó contra su cara. Era tibia. Cuando tocó su cráneo no encontró pelo. Ni cejas, ni pestañas, ni pelo púbico. Parecía ser de día, pero las nubes eran gruesas, pesadas. No podía ver nada del valle, pero la geología básica parecía más o menos inalterada. En esta pequeña meseta el hielo se había ido, la tierra era un barrial uniforme. Sus pies se hundieron en la tierra; encontró difícil levantar los tobillos para liberarlos en cada nuevo paso. No podía decir dónde estaba su charca de vida primordial. Permitió que la lluvia entrara en su boca. Era barrosa, turbia, salada. Fango del fondodel mar. El planeta había sufrido un impacto: Un cometa, quizás un asteroide.

Algo que ocurre en cada sistema estelar, si uno espera suficiente tiempo. La vida en la

Tierra había sido borrada decenas de veces por impactos en el Sistema Solar primitivo, antes de lograr sostenerse. Quizás eso había ocurrido ahí. Excavó alrededor de Vaina, en los intervalos que podía estar fuera del dosel, intentando ver si podía recrear la charca nutriente. Pero la mayoría de los sistemas de Vaina habían fallado, o se habían deshecho. La vaina había sido ingeniosa, observó, en el modo que había canibalizado sus propios componentes para mantener operativo sus sistemas de apoyo básico de las funciones de vida. Buen diseño, hecho por algún ingeniero anónimo muerto hacía unos quinientos millones de años. Dilatando mi manojo de días a través de los eones, disminuyendo siempre pero nunca acabándose, como una paradoja de serie infinita convergente... No era suficientemente experta como para saber qué se debía salvar para hacer que Vaina no naufragara finalmente. Quizás no importaba. Si sus bebés de bacterias intestinales habían sobrevivido al impacto, quizás se habían esparcido, y crecido, en alguna parte en este mundo mojado, tibio. No había nada más que pudiera hacer, de todos modos. Limpió el agua de lluvia de su cuerpo, como mejor pudo, y trepó de vuelta a Vaina. —Instrucciones. Escuchó la lluvia contra la cubierta. Le recordó L5: las tormentas de lluvia artificial golpeando contra las paredes mientras ella acunaba a Ben hasta dormirlo. Ahora estaba dando grandes zancadas por su abismo, alejándose del hogar en inmensos saltos logarítmicos. —Vamos a ver si la serie converge —dijo. —Instrucciones.

—Lo siento Vaina. Cinco mil millones de años.

ooo ooo ooo

No pudo salir de Vaina. Allá afuera estaba suficientemente caliente como para matarla de inmediato. Y además no había oxígeno.

Las nubes de arriba eran gruesas, cerradas. Una luz amarilla difusa brillada sobre tierra destrozada, quemada. Hasta la geología había evolucionado: el fondo vacío del océano se había levantado, las viejas montañas estaban corroídas y hundidas. Ahora Vaina estaba en un llano de placas quebradas, destrozadas. Vaina se había visto forzado a reparar subsistemas esenciales con materias primas tomadas del planeta. Pudo ver, a través de la cubierta, que parecía como si la base de Vaina hubiera sido derretida y hubiera fluido por metros cuadrados del terreno, filtrándose en el cuerpo de ese mundo. Todo el oxígeno del aire se había ido, y el bióxido de carbono se había evaporado desde el océano, desde las rocas, para formar una manta sobre el planeta. El planeta se había vuelto un Venus; había caído en otro modelo clásico de clima

estable, el de un mundo terrestre muerto. Su siembra de vida había fallado. *Bravo por el plan.* La vaina le mostró las imágenes que había reunido a través de aberturas en las nubes y de sensores no ópticos. El sol había crecido inmenso y flotaba en el horizonte sudoccidental. Este destruido viejo mundo había quedado oculto ante su padre. Y le pareció que había menos estrellas en el cielo. Había llegado tan lejos que la galaxia misma estaba comenzando a morir. Se acostó. Los subdérmicos estaban defectuosos, y tuvo que ponerlos ella misma en su lugar.

—Instrucciones.

Sintió una curiosidad mórbida. *Quiero ver cómo termina.* —Continúa. Indefinidamente.

—Instrucciones.

—Hasta que algo cambie, maldición. Quizás algo se daría vuelta, un embrollo de las leyes de la física. *Seguro.* Su situación era ridícula. Hacía menos de una semana, subjetivamente, desde que ella había tomado su baño de sauna en Madre, antes de descender para la exploración de rutina. Ahora era, probablemente, la única humana viva que quedaba en el universo. Quisiera haber muerto cuando el transbordador se vino abajo. Al menos aquellos malditos Ets hubieran disfrutado una vida pequeña. Cerró sus ojos.

ooo ooo ooo

Había un desvaído resplandor rojo más allá de la cubierta. Se levantó, encerrada como un homúnculo en una botella. A través de la protección de cristal pudo sentir la temperatura. *Malditamente caluroso*. La vaina estaba fallando, finalmente.

Era casi un alivio. El resplandor rojo no tenía nada que ver con las nubes venusianas, que ya se habían quemado. Así como el resto de la atmósfera, en realidad. El planeta ahora era como la Luna: quebrado, destruido, antiguo. Vaina estaba medio fundido con el regolito que cubría el planeta, un polvo fino engendrado por eones de micrometeoritos cayendo. El resplandor rojo era el sol de tipo G8. Estaba dejando la secuencia principal. Su núcleo se había derrumbado, agotado su hidrógeno; ahora el helio estaba en fusión, bombeando energía hacia las capas exteriores, inflándolas en un último gesto extravagante. Pronto todos los planetas interiores del sistema serían consumidos. Incluido ese. El calor era agradable. Le recordó el del Refugio en L5. Cuando Ben era pequeño y aún era de ella. —Escenario de pérdida de tripulación —dijo Vaina suavemente. —Está todo bien —dijo ella—. No te asustes.

La cubierta se disolvió, y la luz la envolvió.